

Gregorio Samsa ya no puede caminar

Por Rodrigo Fresán

"Al despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo, se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto" es, sin dudas, uno de los comienzos más famosos en la historia de la literatura y, de algún modo, la inauguración fantástica y angustiosa del siglo XX.

A partir de ahí –de esa primera oración de *La metamorfosis*–, buena parte de nuestras existencias serán adjetivadas como "kafkianas" y ese "monstruoso insecto" en el que se ha convertido Gregorio Samsa será traducido por el inconsciente colectivo a cucaracha.

Pobre de Gregorio, pobre de nosotros...

Más allá de su potencia universal, *La metamorfosis* –suerte de *sequel* fantástica de *La condena*– no es otra cosa, en principio, que el relato apenas codificado de la sufrida existencia de Franz Kafka combatiendo contra padres y hermanas en el campo de batalla del domicilio familiar en el centro de Praga.

Varios biógrafos del escritor coinciden en que la idea, la primera frase –para él cotidiana y para nosotros revolucionaria– se le apareció a Kafka la madrugada del domingo 17 de noviembre de 1912.

Kafka había dormido poco y mal. Kafka había dormido kafkianamente. Escribió la primera oración de un plumazo y la miró con la fascinación y el asco que se dedica a algo que no se entiende del todo pero se sospecha íntimo.

Pensó en dejarlo ahí, en minicuento y ficción súbita.

Pero prefirió seguir trabajando antes de exponerse a un ruidoso desayuno con la carne de su carne y la sangre de su sangre.

Escribió a lo largo de todo el domingo (lo que lo salvó del almuerzo, de las visitas, de la cena en la mesa presidida por el PADRE) y continuó escribiendo la noche del lunes al volver del trabajo.

"Acabo de sentarme a proseguir la narración de ayer con un deseo ilimitado –sin duda fruto del desconsuelo– de sumergirme en ella", le escribió Kafka a Felice.

Después volvió al "monstruoso insecto" hasta terminarlo, hasta llegar al más infeliz de los finales felices o el más feliz de los finales infelices.

En cualquier caso, "eso" es lo que aquí presentamos y que termina con otra oración famosa: "Y cuando, al llegar al término del viaje, la hija se levantó la primera, y estiró sus formas juveniles, pareció cual si confirmase con ello los nuevos sueños y sanas intenciones de los padres".

Tiempo después, los amigos de uno de los escritores más influyentes e imitados de la historia, contaban que Kafka solía leerles sus manuscritos en voz alta, llorando de la risa, perdiendo el aliento, derrumbándose en el suelo y dando patadas de felicidad al aire mientras las páginas se le escapaban entre los dedos pálidos y volaban por el aire.

Bicho raro, Franz Kafka.

La metamorfosis

por Franz Kafka

El padre se hallaba a tal punto dominado por su obstinación, que se olvidaba hasta del más elemental respeto debido a los huéspedes, y los seguía empujando frenéticamente. Hasta que, ya en el umbral, el que estaba en el medio de los tres dio una patada en el suelo, y con voz tonante lo detuvo con las siguientes palabras:

–Participo a ustedes –y alzaba la mano al decir esto, y buscaba con la mirada también a la madre y la hermana–, participo a ustedes que, en vista de las repugnantes circunstancias que en esta casa y familia concurren –y al llegar aquí escupió con fuerza en el suelo–, en este mismo momento me despido. Claro está que no he de pagar lo más mínimo por los días que aquí he vivido, antes al contrario, meditaré si he de exigir de usted alguna indemnización, la cual, no lo dude, sería muy fácil de justificar.

Calló y miró en torno suyo como esperando algo. Y efectivamente, sus dos amigos corroboraron al punto lo dicho, añadiendo por su cuenta:

–También nosotros nos despedimos al instante.

Tras lo cual, el primero agarró el picaporte y cerró la puerta de un golpe. El padre, con paso vacilante, tanteando con las manos, se dirigió hacia su butaca, y se dejó caer en ella. Parecía disponerse a echar su acostumbrado sueñito de todas las noches, pero la profunda inclinación de su cabeza, caída como sin peso, demostraba que no dormía.

Durante todo este tiempo, Gregorio había permanecido callado, inmóvil en el mismo sitio en que lo habían sorprendido los huéspedes. El desencanto causado por el fracaso de su plan y tal vez también la debilidad producida por el hambre le hacían imposible el menor movimiento. No sin razón, temía ver cernirse dentro de muy poco sobre sí una tormenta general, y esperaba. Ni siquiera se sobresaltó con el ruido del violín, escurrido del regazo de la madre bajo el impulso del temblor de sus dedos.

–Queridos padres –dijo la hermana, dando a modo de introducción un fuerte puñetazo sobre la mesa–, esto no puede continuar así. Si vosotros no lo comprendéis, yo me doy cuenta de ello. Ante este monstruo, no quiero ni siquiera pronunciar el nombre de mi hermano; y, por lo tanto; sólo diré esto: es forzoso intentar librarnos de él. Hemos hecho cuanto era humanamente posible para cuidarlo y tolerarlo, y no creo que nadie pueda, por lo tanto, hacernos el más leve reproche.

–Tienes mil veces razón –dijo entonces el padre.

La madre, que aún no podía respirar a sus anchas, comenzó a toser sordamente, con la mano en el pecho, y los ojos extraviados como una loca.

La hermana corrió hacia ella y le sostuvo la frente, solícita.

Al padre, las palabras de la hermana parecieron inducirlo a concretar algo más su pensamiento. Se había incorporado en la butaca, jugaba con su gorra de ordenanza por entre los platos, que aún quedaban sobre la mesa de la comida de los huéspedes y, de cuando en cuando, dirigía una mirada a Gregorio impertérrito.

–Es preciso que intentemos deshacernos de él –repitió por último la hermana al padre; pues la madre, con su tos, no podía oír nada–. Esto acabará matándonos a los dos, lo estoy viendo. Cuando hay que trabajar lo que nosotros trabajamos, no es posible sufrir además, en casa, estos tormentos. Yo tampoco puedo más.

Y rompió a llorar con tal fuerza, que sus lágrimas cayeron sobre el rostro de la madre, quien se las limpió mecánicamente con la mano.

–Hija mía –dijo entonces el padre con compasión y sorprendente lucidez–. ¡Y qué le vamos a hacer!– Pero la hermana se contentó con encogerse de hombros como para demostrar la perplejidad que se había apoderado de ella mientras lloraba, y que tan gran contraste hacía con su anterior decisión.

–Si siquiera él nos comprendiese –dijo el padre en tono medio interrogativo.

Pero la hermana, sin cesar de llorar, agitó enérgicamente la mano, indicando con ello que no había ni qué pensar en semejante cosa.

–Si siquiera nos comprendiese –insistió el padre cerrando los ojos como para dar a entender que él también se hallaba convencido de lo imposible de esa suposición–, tal vez pudiésemos entonces llegar a un acuerdo con él. Pero, en estas condiciones...

–Es preciso que se vaya –dijo la hermana–. Este es el único medio, padre. Basta con que procures desechar la idea de que se trata de Gregorio. El haberlo creído durante tanto tiempo es en realidad el origen de nuestra desgracia. ¿Cómo puede ser esto, Gregorio? Si tal fuese, ya hace tiempo que hubiera comprendido que no es posible que unos seres humanos vivan en comunidad con semejante bicho. Y, a él mismo, se le habría ocurrido marcharse. Habríamos perdido al hermano, pero podríamos seguir viviendo y su memoria perduraría eternamente entre nosotros. Mientras que así, este animal nos persigue, echa a los huéspedes y muestra claramente que quiere apoderarse de toda la casa y dejarnos en la calle. ¡Mira, padre –se puso a gritar de repente–, ya empieza otra vez!

Y, con un terror que a Gregorio le pareció incomprensible, la hermana abandonó incluso a la madre, se apartó de la butaca, cual si prefiriese sacrificar a la madre que permanecer en las proximidades de Gregorio, y corrió a refugiarse detrás del padre, el cual, excitado a su vez por esta actitud suya, se puso también en pie, extendiendo los brazos ante la hermana en ademán de protegerla.

Pero en realidad a Gregorio no se le había ocurrido en absoluto querer asustar a nadie, ni mucho menos a su hermana. Lo único que había hecho era empezar a dar la vuelta, para volver a su habitación, y esto fue sin duda lo que sobrecogió a los demás, pues, a causa de su estado doliente, para realizar aquel difícil movimiento, tenía que ayudarse con la cabeza, levantándola y volviendo a apoyarla en el suelo varias veces. Se detuvo y miró en torno suyo. Parecía haber sido adivinada su buena intención: aquello sólo había sido un susto momentáneo. Ahora todos lo contemplaban tristes y pensativos. La madre estaba en su butaca, con las piernas extendidas ante sí, muy juntas una contra otra, y los ojos casi cerrándosele de cansancio. El padre y la hermana hallábanse sentados uno al lado de otro, y la hermana rodeaba con su brazo el cuello del padre.

"Bueno, tal vez pueda ya moverme", pensó Gregorio, comenzando de nuevo su penoso esfuerzo.

No podía contener su aliento y, cada tanto, tenía que pararse a descansar. Mas nadie lo apresuraba; se lo dejaba en entera libertad. Cuando hubo dado la vuelta, inició en seguida el regreso en línea recta. Le asombró la gran distancia que lo separaba de su habitación; no acertaba a comprender cómo en su actual estado de debilidad había podido, momentos antes, hacer ese mismo camino, casi sin notarlo. Con la única preocupación de arrastrarse lo más rápidamente posible, apenas si reparó en que ningún miembro de la familia lo azuzaba con palabras o gritos. Al llegar al umbral, volvió empero la cabeza aunque sólo a medias, pues sentía cierta rigidez en el cuello, y pudo ver que nada había cambiado a su espalda. Unicamente su hermana se había puesto en pie.

Y su última mirada fue para la madre, que por fin se había quedado dormida.

Apenas dentro de su habitación sintió cerrarse rápidamente la puerta y echar el pestillo y la llave. El brusco ruido que esto produjo lo asustó de tal modo que las patas se le doblaron. La hermana era quien tanta prisa tenía. Había permanecido en pie, como acechando el momento de poder precipitarse a encerrarlo. Gregorio no la había sentido acercarse.

–¡Por fin! –exclamó ella dirigiéndose a los padres, al mismo tiempo que daba vuelta a la llave en la cerradura.

–¿Y ahora? –preguntóse Gregorio mirando en torno suyo en la oscuridad.

Muy pronto hubo de convencerse de que le era en absoluto imposible moverse. Esto no lo asombró: antes al contrario, no le parecía natural haber podido avanzar cual lo hacía hasta entonces, con aquellas patitas tan delgadas. Por lo demás, se sentía relativamente a gusto. Cierto es que todo el cuerpo le dolía; pero le parecía como si estos dolores se fuesen debilitando más y más, y pensaba que por último acabarían. Apenas si notaba ya la manzana podrida que tenía en la espalda, y la inflamación revestida de blanco por el polvo. Pensaba con emoción y cariño en los suyos. Hallábase, a ser posible, aún más firmemente convencido de que su hermana tenía que desaparecer.

Y en tal estado de apacible meditación e insensibilidad, permaneció hasta que el reloj de la iglesia dio las tres de la madrugada. Todavía pudo vivir aquel comienzo del alba que despuntaba detrás de los cristales. Luego, a pesar suyo, su cabeza se hundió por completo, y su trompa despidió débilmente su postrer aliento.

A la mañana siguiente, cuando entró la asistenta –daba tales portazos que, en cuanto llegaba, ya era imposible descansar en la cama, a pesar de las infinitas veces que se le habían rogado otras maneras– para hacer a Gregorio la breve visita de costumbre, no halló en él, al principio, nada de particular. Supuso que permanecía así inmóvil con toda intención, para hacerse el enfadado, pues lo consideraba capaz del más completo discernimiento. Casualmente, llevaba en la mano el deshollinador, y quiso con él hacerle cosquillas a Gregorio desde la puerta.

Al ver que con esto tampoco lograba nada, se irritó a su vez, empezó a pincharlo, y tan sólo después que lo hubo empujado sin encontrar ninguna resistencia se fijó en él y, percatándose al punto de lo sucedido, abrió desmesuradamente los ojos y dejó escapar un silbido de sorpresa. Mas no se detuvo mucho tiempo, sino que abriendo bruscamente la puerta de la alcoba, lanzó un grito a voz en cuello en la oscuridad.

–¡Miren ustedes, han reventado! ¡Ahí lo tienen, lo que se dice reventado!

El señor y la señora Samsa se incorporaron en el lecho matrimonial. Les costó gran trabajo sobreponerse al susto y tardaron bastante en comprender lo que de tal modo les anunciaba la asistenta. Pero una vez comprendido esto, saltaron de la cama, cada uno por su lado, y con la mayor rapidez posible. El señor Samsa se echó la colcha sobre los hombros; la señora Samsa iba sólo cubierta con su camisón y así penetraron en la habitación de Gregorio.

Mientras, se había abierto también la puerta del comedor, en donde dormía Grete desde la llegada de los huéspedes. Grete estaba del todo vestida, cual si no hubiese dormido en toda la noche, cosa que parecía confirmar la palidez de su rostro.

–¿Muerto? –dijo la señora Samsa, mirando interrogativamente a la asistenta, no obstante poderlo comprobar todo por sí misma, e incluso averiguarlo sin necesidad de comprobación ninguna.

–Eso es lo que digo –contestó la asistenta, empujando todavía un buen trecho con la escoba el cadáver de Gregorio para probar la veracidad de sus palabras.

La señora Samsa hizo un movimiento como para detenerla, pero no la detuvo.

–Bueno –dijo el señor Samsa–, ahora podemos dar gracias a Dios.

Se santiguó y las tres mujeres la imitaron. Grete no apartaba la vista del cadáver.

–Mirad qué delgado estaba –dijo–. Verdad es que hacía ya tiempo que no probaba bocado. Así como entraban las comidas, así se las volvían a llevar. El cuerpo de Gregorio aparecía efectivamente completamente plano y seco. De esto, sólo se enteraban ahora, porque ya no lo sostenían sus patitas, y nadie apartaba de él la mirada.

–Grete, vente un ratito con nosotros –dijo la señora Samsa sonriendo melancólicamente.

Y Grete, sin dejar de mirar el cadáver, siguió a sus padres a la alcoba.

La asistenta cerró la puerta y abrió la ventana de par en par. Era todavía muy temprano, pero el aire tenía ya, en su frescor, cierta tibieza. Se estaba en los últimos días de marzo.

Los tres huéspedes salieron de su habitación y buscaron con la vista su desayuno. Los habían olvidado.

–¿Y el desayuno? –le preguntó a la asistenta con mal humor el señor del medio.

Pero la asistenta, poniéndose el índice ante la boca, invitó silenciosamente a los señores, con señas enérgicas, a entrar en la habitación de Gregorio.

Entraron, pues, y allí estuvieron en el cuarto inundado de claridad, en torno del cadáver de

Entraron, pues, y allí estuvieron en el cuarto inundado de claridad, en torno del cadáver de Gregorio, con expresión desdeñosa y las manos hundidas en los bolsillos de sus levitas algo raídas.

Con la única preocupación de arrastrarse lo más rápidamente posible, apenas si reparó en que ningún miembro de la familia lo azuzaba con palabras o gritos.

Gregorio, con expresión desdeñosa y las manos hundidas en los bolsillos de sus levitas algo raídas.

Entonces se abrió la puerta de la alcoba y apareció el señor Samsa, enfundado en su librea, llevando de un brazo a su mujer y del otro a su hija. Todos tenían trazas de haber llorado algo y Grete ocultaba de vez en cuando el rostro contra el brazo del padre.

–Abandonen ustedes inmediatamente mi casa –dijo el señor Samsa, señalando la puerta, pero sin soltar a las mujeres.

–¿Qué pretende usted dar a entender con esto? –le preguntó el señor del medio, algo desconcertado y sonriendo con timidez.

Los otros dos tenían las manos cruzadas a la espalda y se las frotaban sin cesar una contra otra, cual si esperasen gozosos una pelea, cuyo resultado había de serles favorable.

–Pretendo dar a entender exactamente lo que digo –contestó el señor Samsa, avanzando con sus dos acompañantes en una sola línea hacia el huésped.

Este permaneció un momento callado y tranquilo, con la mirada fija en el suelo, cual si sus pensamientos se fuesen organizando en una nueva disposición dentro de su cabeza.

–En ese caso, nos vamos –dijo por fin, mirando al señor Samsa, como si una fuerza repentina le impulsase a pedirle autorización incluso para esto.

El señor Samsa se contentó con abrir mucho los ojos e inclinar repetidas veces breve y afirmativamente la cabeza. Tras de esto, el huésped se encaminó con grandes pasos al vestíbulo. Hacía ya un ratito que sus dos compañeros escuchaban sin frotarse las manos y ahora salieron pisándole los talones y dando brincos, como si temiesen que el señor Samsa llegase antes que ellos al vestíbulo y se interpusiese entre ellos y su guía.

Una vez en el vestíbulo, los tres tomaron sus respectivos sombreros del perchero, sacaron sus respectivos bastones del paragüero, se inclinaron en silencio y abandonaron la casa.

Con una desconfianza que nada justificaba, cual hubo de demostrar luego, el señor Samsa y las dos mujeres salieron al rellano y, de bruces sobre la barandilla, miraron cómo aquellos tres señores lenta, pero ininterrumpidamente, descendían la larga escalera, desapareciendo al llegar a la vuelta que daba ésta en cada piso y reapareciendo unos segundos después.

A medida que iban bajando, decrecía el interés que hacia ellos sentía la familia Samsa y, al cruzarse con ellos, primero, y seguir subiendo después, el repartidor de una carnicería, que sostenía orgullosamente su cesto en la cabeza, el señor Samsa y las mujeres abandonaron la barandilla y, aliviados de un verdadero peso, entraron de nuevo en la casa.

Decidieron dedicar aquel día al descanso y a pasear: no sólo tenían bien ganada esa tregua en su trabajo, sino que les era hasta indispensable. Se sentaron, pues, a la mesa, y escribieron tres cartas disculpándose: el señor Samsa a su jefe, su mujer al dueño de la tienda, y Grete al principal.

Cuando estaban ocupados en estos menesteres, entró la asistenta a decir que se iba, pues ya había terminado su trabajo de la mañana. Los tres siguieron escribiendo sin prestarle atención, contentándose con hacer un signo afirmativo con la cabeza. Pero al ver que ella no acababa de marcharse, alzaron los ojos con enfado.

–¿Qué pasa? –preguntó el señor Samsa.

La asistenta permanecía sonriente en el umbral, como si tuviese que comunicar a la familia una felicísima nueva, pero indicando con su actitud que sólo lo haría después de haber sido convenientemente interrogada. La plumita plantada derecha en su sombrero, y que ya molestaba al señor Samsa desde el momento en que había entrado aquella mujer a su servicio, se bamboleaba en todas las direcciones.

–Bueno, vamos a ver, ¿qué desea usted? –preguntó la señora Samsa, que era la persona a quien más respetaba la asistenta.

–Pues –contestó ésta, y la risa no la dejaba seguir–, que no tienen ustedes ya que preocuparse respecto a cómo van a quitarse de en medio el trasto ese de ahí al lado. Ya está todo arreglado.

La señora Samsa y Grete se inclinaron otra vez sobre sus cartas, como para seguir escribiendo; y el señor Samsa, advirtiendo que la sirvienta se disponía a contarlo todo minuciosamente, la detuvo, extendiendo con energía la mano hacia ella.

La asistenta, al ver que no le permitían contar lo que tenía preparado, recordó que tenía mucha prisa.

–¡Queden con Dios! –dijo, visiblemente ofendida. Dio media vuelta con gran irritación y abandonó la casa dando un portazo terrible.

–Esta noche la despido –dijo el señor Samsa.

Pero no recibió respuesta, ni de su mujer ni de su hija, pues la asistenta parecía haber vuelto a turbar aquella tranquilidad que acababan apenas de recobrar.

La madre y la hija se levantaron y se dirigieron hacia la ventana, ante la cual permanecieron abrazadas. El señor Samsa hizo girar su butaca en aquella dirección y estuvo observándolas un momento tranquilamente. Luego:

–Bueno –dijo–, venid ya. Olvidad ya de una vez las cosas pasadas. Tened también un poco de consideración conmigo.

Las dos mujeres lo obedecieron al instante, corrieron hacia él, lo acariciaron y terminaron de escribir.

Luego salieron los tres juntos, cosa que no había ocurrido desde hacía meses, y tomaron el tranvía para ir a respirar el aire libre de las afueras. El tranvía, en el cual eran los únicos viajeros, se hallaba inundado de la luz cálida del sol. Cómodamente recostados en sus asientos, fueron cambiando impresiones acerca del porvenir y vieron que, bien pensadas las cosas, éste no se presentaba con tonos oscuros, pues sus tres colocaciones –sobre las cuales no se habían todavía interrogado claramente unos a otros– eran muy buenas y, sobre todo, permitían abrigar para más adelante grandes esperanzas.

Lo que de momento más habría de mejorar la situación sería mudar de casa. Deseaban una casa más pequeña y más barata y, sobre todo, mejor situada y más práctica que la actual, que había sido escogida por Gregorio.

Y, mientras así departían, percatándose casi simultáneamente el señor y la señora Samsa de que su hija, que pese a todos los cuidados había perdido el color en los últimos tiempos, se había desarrollado y convertido en una linda muchacha, llena de vida. Sin cruzar ya palabra, entendiéndose casi instintivamente con las miradas, se dijeron uno a otro que ya era hora de encontrarle un buen marido. Y cuando, al llegar al término del viaje, la hija se levantó la primera y estiró sus formas juveniles, pareció cual si confirmase con ello los nuevos sueños y sanas intenciones de los padres.



De *Relatos completos Vol. 1* (Editorial Losada) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

cada loco con su exposición

¿Tiene planeado ver muestras durante esta semana? Si todavía no lo ha hecho, aproveche este enigma donde cinco locos por su arte le proponen entretenidas exposiciones para visitar durante diferentes días.

1. El coleccionista expondrá sus pájaros, mientras que el fotógrafo mostrará fotografía de animales.
2. El jueves expone el pintor.
3. Ni Braulio ni Cornelio exponen sobre Historia. El primero mostrará lo suyo el miércoles y el jueves el segundo.
4. Quien se dedica a la escultura (que no es Euladio) expondrá el viernes.
5. Ni el diseñador ni el de los pájaros expondrán el martes.
6. Alexis (que muestra un invento propio) será el primero en exponer.

S.O.S.

		Actividad					Tema					Día				
		Coleccionista	Diseñador	Escultor	Fotógrafo	Pintor	Animales	Historia	Invento	Pájaros	Pobreza	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes
Expositor	Alexis															
	Braulio															
	Cornelio															
	Donosio															
	Euladio															
Día	Lunes															
	Martes															
	Miércoles															
	Jueves															
	Viernes															
Tema	Animales															
	Historia															
	Invento															
	Pájaros															
	Pobreza															

Expositor	Actividad	Tema	Día
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....

cruci-clip

Anote las palabras siguiendo las flechas.

ELEVAN LA BANDERA
ALERÓN EN EL ALA DE UN AVIÓN
RES JOVEN
DISTRAÍDAS
NAVES, EMBARCACIONES
ACCIÓN DE DOBLAR O INCLINAR
PIEDRA PRECIOSA
SALUBRE
CAUDILLO, ADALID
PREFIJO: PUEBLO
HALAGADO, TRATADO CON ATENCIÓN
NATIVOS DE NEPAL
TOQUEN EL SILBATO
CIUDAD DEL BRASIL
ORDEN DE PAGO
NACARINA
ADEREZADA, ADOBADA
QUE CAUSAN ENFERMEDAD
POÉTICAMENTE, ITALIANOS
AROMATIZAN
BROTAR LÍQUIDO
PUNTO OPUESTO AL CENIT
ARROJAR, LANZAR
ADICTO AL ÉTER
NARIZ GRANDE
ROTURAN LA TIERRA
BEBIDA DE LIMÓN
REGALA, CEDE
ACEPTAD LA HERENCIA
PERDERÁ SANGRE

crucigrama

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11

HORIZONTALES

1. Estar tendido./ Prestación pecuniaria periódica.
2. Organización de las Naciones Unidas./ Planta liliácea de bulbo picante./ Bisonte de Europa y Asia, ya extinguido.
3. Expresarán algo con palabras./ Hacen mediciones.
4. Usa mal o con exceso alguna cosa./ Distribuyó, repartió.
5. Que tienen sus partes más separadas de lo normal./ Planos, lisos.
7. Relativo a la vagina.
8. Olfatead./ Título dado a Mussolini.
9. Vales./ Bebida alcohólica.
10. Año geofísico internacional./ Levantó, subió.
11. Abreviatura de "referente", "referencia"./ Entregar.

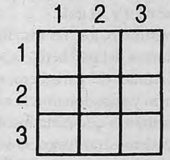
VERTICALES

1. Tratar con yodo./ Torpes, tontas.
2. General cartaginés./ Abreviatura de logaritmo.
3. Edil romano./ Moverse al lugar donde está la persona que habla.
4. Mostrado a medias.
5. Batracios./ Sociedad Anónima Financiera.
6. Principio masculino de una de las principales escuelas de la filosofía china.
7. Ingerir alimentos./ Combate, pelea.
8. Río de Asia que pasa por Birmania y desemboca en el océano Indico.
9. Ataduras./ Mostrar algo que produce orgullo o satisfacción.
10. Río de América del Norte, en Canadá y los EE.UU./ Patada.
11. Novenos./ Residuo del panal de cera.

AYUDAS: CERON, IRAUADI

uno dos tres

En cada casilla van una, dos o tres letras, pero en ninguna línea horizontal o vertical hay dos casillas con la misma cantidad de letras. Todas las palabras tienen seis letras.



HORIZONTALES: 1. De poca extensión (pl.). 2. Lejana, distante. 3. Planta comestible, de raíz blanca, roja o negra.
VERTICALES: 1. Caminar con velocidad. 2. Bebía. 3. Parte subterránea de un edificio.

soluciones

cada loco con su exposición

Cada loco con su exposición
Alexis, diseñador, invento, lunes.
Braulio, coleccionista, pájaros, miércoles.
Cornelio, pintor, pobreza, jueves.
Donosio, escultor, Historia, viernes.
Euladio, fotógrafo, animales, martes.

uno-dos-tres

COR	TO	S
RE	M	OTA
R	ABA	NO

cruci-clip



crucigrama

